

QUIPU

VIRTUAL



BOLETÍN DE CULTURA PERUANA - MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES - N° 96 1/4/2022

MEMORIAS DE GERARDO CHÁVEZ



MEMORIAS DE GERARDO CHÁVEZ

La pintura de Gerardo Chávez (Trujillo, 1937) figura entre las más significativas del arte latinoamericano contemporáneo. Egresado en la Escuela Nacional de Bellas Artes de Lima, el artista vivió un año en Florencia y otro en Roma y, en 1962, se estableció en París, residencia que alterna desde 1990 con largas temporadas en la capital peruana. Ha realizado un centenar de exposiciones en diversas partes, ha fundado en Trujillo el Museo del Juguete Antiguo y el Museo de Arte Moderno y acaba de publicar sus memorias: *Antes del olvido* (Lima, Alfaguara, 2022)*. Aquí, fragmentos del testimonio de un creador excepcional.

INFANCIA

A la edad de nueve o quizás diez años, solía pasar las tardes en el taller de don Víctor, el carpintero de Paján, quien se encargaba de fabricar los cajones de los muertos. Yo escribía el nombre de los finados con purpurina dorada y plateada. También hacía carritos de madera, con los que intentaba reemplazar los juguetes más sofisticados que tenían otros niños. Me gustaba trabajar con la madera. Hallaba gozo en el simple hecho de pasar el cepillo y sentir ese olor vegetal que revivo cada vez que utilizo esencia de trementina para disolver el óleo. De no haber sido pintor, probablemente hubiera sido carpintero.

A medida que van pasando los años, ciertos recuerdos se hacen más y más presentes. Vuelvo a las primeras emociones, las primeras sensaciones. Recuerdo vivamente esa mañana cuando me bañaba con otros niños al borde de una acequia y, de pronto, un repunte de agua cargada de barro me arrastró. Veo a mi hermana Teresa tirándose al agua vestida mientras grita por ayuda. La vuelvo a ver con una mano aferrada a un tronco, y con la otra arrastrándose de los pelos hacia la orilla. Esa fue la segunda vez que mi hermana me salvó de morir. La primera ocurrió a los siete meses de nacido, a causa de una tos ferina que se agravó; el médico le dijo a mi madre que estaba desahuciado {...}.

He cumplido ochenta y cuatro años, y pienso seguir trabajando muchos años más. Aún me queda bastante por hacer, por vivir; mi horizonte está todavía muy lejano. No le tengo miedo a la muerte. Les temo a la inactividad y al olvido, y ante el olvido que no tardará en llegar, voy comprendiendo la importancia de la memoria. La vida es como se recuerda. Sin la memoria no somos nada.

Estoy marcado por mi infancia. Esta es esencial para entender mi obra. Mi madre murió cuando yo tenía cinco años y su recuerdo me acompaña. Aún puedo evocar esos instantes cuando, en el camino que bajaba del cementerio a mi casa, yo la seguía e intentaba prenderme de su pelo, que llevaba largo hasta la cintura y ondeaba con el viento, rozándome la cara. A su lado me sentía protegido y feliz, pero esa felicidad duró poco.

VIAJE A LIMA

Llegó un momento en que la vida en provincia comenzó a parecerme estrecha. La collera del barrio era simpática, pero la adolescencia exige demasiado. Para tener amigos, para ser alguien, había que ser macho, pendejo, trompear, fumar, chupar. Además, Trujillo era todavía



Autoretrato. Óleo sobre tela, 1959

una ciudad feudal y las diferencias sociales eran abismales {...}.

A los catorce años ya me había trazado una meta: quería ser pintor como Ángel Chávez. Mi único temor era no llegar a tener su talento. Teresa y Humberto lo entendieron y decidieron mandarme a vivir a Lima con ese hermano a quien casi no conocía. Uno de los dueños de la línea Perú Express, el señor Elmer Cáceda, por quien guardo una profunda gratitud, me regaló el pasaje. Recuerdo ese viaje en la última fila del bus nocturno y el desasosiego que sentí al llegar a esa Lima gris y húmeda. En la estación vi a lo lejos una cara familiar. Era Ángel, que me esperaba. La calidez de su abrazo me devolvió la confianza {...}.

Yo me sentía un provinciano más que se perdía en el tumulto de la capital.

BELLAS ARTES

Tenía dieciséis años cuando comencé mis estudios en la Escuela de Bellas Artes. Desde mis inicios estuve entre el primero y el segundo puesto de la promoción. Era competitivo, quería obtener siempre la primera nota. Al año de ingresar, gracias a mi esfuerzo, logré ganar la ansiada beca completa. La renové todos los años durante los cinco que duró la carrera. Fue una victoria para mí y un gran alivio para mis hermanos.

A los diecisiete años rebosaba vitalidad. Con la soberbia típica de la juventud, me sentía un artista genial, seguro de mi talento. No tenía dinero ni contaba con un entorno social que me apoyara, pero sí la seguridad de tener muy claro lo que quería hacer y conducía toda mi energía por ahí. Inicié mi carrera con una feroz voluntad de aprendizaje. Y además gozaba de cierta popularidad entre mis compañeros; era bromista y campechano, se divertían escuchándome contar chistes porque los contaba tan mal que eso los hacía reír más que el propio chiste.

RUMBO A EUROPA

El 9 de setiembre de 1960, embarcamos en el *Amerigo Vespucci*, un barco de carga que también transportaba pasajeros. Desde muy temprano nos dimos cita en el puerto del Callao con varios amigos que fueron a despedirnos, entre ellos Judith. No podía ocultar mi excitación. Viajar en barco por esos días todavía tenía un sentido romántico de aventura. Era sinónimo de cambio total. Gaby puso en mis manos un pañuelito anudado con algunas de sus alhajas para venderlas en caso de emergencia. Ángel me regaló una pipa que me acompañó en los días fríos. Yo iba vestido



La procesión de la papa. Barro, tierra de color y carbón vegetal sobre yute, 2,5 x 12 m, 1995

con un chaleco y un sombrero ayacuchano azul eléctrico. Mi equipaje consistía en una maleta de cuero chancada como un acordeón y un hermoso baúl huancaíno pintado de colores donde cargaba mi material de trabajo. Mientras el barco se alejaba de la costa, me subí a la parte más alta, intentando seguir con la vista a los que amaba, hasta que su imagen se fue desvaneciendo con las luces del puerto. Apoyado en la borda, lloré silenciosamente.

EL MAESTRO MATTA

Era finales de 1962 y había comenzado a trabajar en una importante galería cuyo dueño había visitado el Perú y entablado una estrecha relación con Elvira Luza, gran coleccionista de arte popular. En la galería *L'Obelisco* se exponían dos pequeñas obras mías en una muestra colectiva. El destino quiso que un día el maestro chileno Roberto Matta, quien estaba de paso por Roma, viera esas dos pinturas y luego le dijera al dueño de la galería que quería que yo lo visitara al día siguiente. Todavía recuerdo mi emoción al recibir la noticia. Sabía quién era Roberto Matta, pero conocía poco su obra. A las diez de la mañana del día siguiente, yo estaba en la recepción del Gran Hotel Barberini y vi al maestro conversando con unas personas. Era un hombre de mediana estatura, vestido elegantemente con un terno gris, una gabardina en el brazo y un sombrero de corte inglés. Me acerqué tímidamente y le dije:

¿Es usted el maestro Matta?

—Sí. ¿Tú eres el pintor peruano? Qué gusto que hayas venido. Tu obra me ha gustado. Veo que eres un pintor surrealista.

Conversamos unos minutos. Me preguntó desde cuándo estaba en Roma y por qué había elegido ese destino. Luego me dijo que quería ver mis pinturas esa misma mañana. Yo acepté un poco cortado porque vivía y trabajaba en un cuarto muy pequeño, en una típica pensión italiana donde había una enorme terraza compartida. Recuerdo que Matta entró a esa habitación donde Minusche, con sus casi nueve meses de embarazo, descansaba en la cama. El maestro comenzó a mirar uno por uno mis cuadros. Luego le ofrecí una silla e iniciamos una conversación que mi memoria conserva intacta [...].

PARÍS

A mediados de los años sesenta, ya me había integrado a la vida parisina. El Barrio Latino era nuestro punto de encuentro; ahí estaban las galerías de arte y los cafés más famosos donde nos reuníamos para luego visitar alguna exposición. En ocasiones especiales, íbamos a *La Coupole* en Montparnasse [...]. En la terraza, el escultor Alberto Giacometti se olvidaba del mundo y dibujaba sin parar. Al

centro, en el gran salón, los ricos sentados en mesas con manteles blancos ordenaban ostras y *Dom Pérignon*, y en el pasadizo, en las mesas sin mantel, nos ubicábamos los pobres, tomando cerveza de barril. Ahí nos reuníamos Alberto Guzmán, Jorge Piqueras, Emilio Rodríguez Larraín y otros artistas latinoamericanos. Nos las ingenábamos para hacernos conocidos. Al fondo del restaurante, cerca de los baños, había cabinas telefónicas y nos llamábamos a nosotros mismos. La recepcionista recibía el encargo y luego una camarera se paseaba con una pizarrita con tu nombre escrito y te iba llamando en voz alta por todo el restaurante. Era un truco que hacíamos para que nuestro nombre sonara entre los coleccionistas [...]. En los años setenta, un conocido coleccionista compró uno de mis cuadros y me invitó a *La Coupole*. Fue la primera vez que comí en la zona de los manteles blancos.

Vivíamos una vida muy bohemia y había un espíritu solidario entre los artistas latinoamericanos. Nos dábamos alojamiento. Carlos Revilla, que vivía en Bruselas, se hospedaba en mi casa y yo en la suya cada vez que viajaba a Bélgica. Los peruanos nos juntábamos con cierta frecuencia en el taller de Alberto Guzmán o en casa del compositor Raúl de Bernuy. Los más asiduos a estas reuniones eran Jorge Piqueras, Alfredo Ruiz Rosas, Alfredo Bryce y Julio Ramón Ribeyro. Había otro peruano, que se llamaba

Juan Perfumo, que trabajaba en la Galería Denise René. Todos eran una generación mayor que yo, excepto Bryce, que era un año menor. Estas reuniones eran muy particulares porque la mitad de los asistentes eran mudos o casi mudos [...] hasta que, después de unas copas, la reunión se animaba y todos nos poníamos a cantar boleros y vales criollos con Raúl de Bernuy al piano.

OCHENTA AÑOS

Celebré mis ochenta años con una gran retrospectiva en el Museo de la Nación. Mi hijo Gerardo Amador venía de hacer una maestría en Londres como curador, así que le dije que era el momento de poner en práctica sus conocimientos. Sabía que su juventud tenía mucho que aportar a mi experiencia. Un grupo de seis jóvenes me apoyaron en la organización de la muestra. Logramos reunir doscientas diez obras que van desde mis inicios figurativos en Bellas Artes hasta mis últimos trabajos en barro; incluyendo dibujos y esculturas. Las obras fueron distribuidas en cuatro pisos y seleccionadas por etapas. Un veinte por ciento pertenecía a colecciones privadas, el resto era de mi colección. No exagero si digo que es la exposición más grande que se ha hecho en el Perú de un artista vivo.

*El libro contó con la colaboración de María Laura Hernández de Agüero. En la portada. *Animal de medianoche*. Óleo sobre tela, 1981.



La justicia en su laberinto. Tierra sobre yute, 5 x 6 m, 2009



EN TORNO A BLANCA VARELA

La poesía de Blanca Varela (Lima, 1926-2009) ha multiplicado en años recientes su número de lectores y ve incrementarse también el corpus de estudios académicos que le son dedicados. Dentro de ellos, destaca un libro escrito por Ana María Gazzolo, *En la punta de los dedos. Aproximaciones al proceso creativo de Blanca Varela* (Lima, Casa de la Literatura Peruana y Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2021), aparecido hace pocos meses y que resulta de una fascinante revisión del material contenido en el archivo personal de la célebre poeta.

El archivo de Blanca Varela fue entregado por sus familiares en custodia a la Casa de la Literatura Peruana en 2016, luego de la realización de una notable muestra sobre su vida y obra, y guarda para los interesados en su obra y, en particular, en la forma en que escribía y pulía sus poemas, verdaderas sorpresas. La poeta era, como es sabido, impecable en sus publicaciones e implacable en la revisión de sus escritos, y esta aproximación a su laboratorio íntimo, ya digitalizado, ha sido hecha por Ana María Gazzolo con un conocimiento riguroso de su obra, que le permite analizar con especial solvencia y coherencia tan atractivo material.

El estudio ofrecido ahora es, cabe suponer, una primera exploración a los dominios secretos de la poeta, quien conservó libretas, cuadernos, poemas enmendados o tachados y algunos textos inéditos, acaso imaginando estos y otros abordajes futuros, cuya justificación responde a la trascendencia de la misma obra. La lectura de estos papeles, dice la propia Ana María Gazzolo «abre el camino para hallar respuesta a preguntas acerca de la manera como la autora enfrentaba la escritura poética o del porqué elegía determinados caminos expresivos». Ana María Gazzolo (Lima, 1951), también poeta y traductora, estudió en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y en la Universidad de Florencia. Ha publicado otros estudios sobre Blanca Varela, Javier Sologuren, José María Arguedas y Raúl Deustua -cuya poesía compiló-, y enseña actualmente en la Pontificia Universidad Católica del Perú.

AGENDA



MÚSICA PARA CINE Y OTRAS COMPOSICIONES

La compositora y cantante Karin Zielinski (Lima, 1982) estudió guitarra clásica y empezó a componer canciones desde muy joven. Integró luego el grupo *Voces del jazz* y, más adelante, el trío *Ezquilache*, con el que participó en el disco *A tierra negra* (2007). La artista -que estudió comunicación en la Universidad de Lima y obtuvo un máster en bandas sonoras y medios audiovisuales en la Escuela Superior de Música de Cataluña-, emprendió en adelante un camino propio. Tras un primer disco como solista, se inició en la composición de bandas sonoras para cortometrajes y documentales y, en 2014, obtuvo el premio del público en el Festival de Cine de Punta del Este por la música de la película *El limpiador* de Adrián Saba, nominada también para el Premio Platino de Cine Iberoamericano. Zielinski ha compuesto hasta ahora bandas sonoras para veintisiete cortos y veintidós largometrajes, entre ficciones y documentales, de cineastas como Francisco Lombardi, Joel Calero, Diego y Daniel Vega, Norma Velásquez, Brian Jacobs, Francesca Cánepa, Gabriel Páucar y otros, además de música para algunas obras teatrales. En tiempos recientes, tuvo a su cargo la banda sonora de *El canto de las mariposas* de Nuria Frigola, y de *Las cautivas* de Natalia Maysundo, y viene de recibir una nominación por la música de la película *El corazón de la luna* (2021) de Aldo Salvini, en el Boston Sci-Fi Festival.

<https://www.youtube.com/c/karinzielinski>



MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES
DIRECCIÓN GENERAL PARA ASUNTOS CULTURALES



CENTRO CULTURAL
INCA GARCILASO
Ministerio de Relaciones Exteriores
del Perú

Jr. Ucayali 391, Lima 1, Perú
quipuvirtual@reee.gob.pe

www.ccincagarcilaso.gob.pe